

PROYECTO MOISÉS

I. BIGGI

PROYECTO MOISÉS



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta: Estudio Calderón

Primera edición: octubre de 2020

© I. Biggi, 2020
© de la presente edición: Edhasa, 2020
Diputación, 262, 2.º1.ª
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-6285-5

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B. 8468-2020

Impreso en España

Para mi madre Pilar,
mi esposa Rebeca
y mi hijo Luca
(y para Sombra)

Antepólogo

Jueves, 13 abril de 1944, costa del mar del Norte

Georg se despertó sobresaltado. Se incorporó en la cama y miró alrededor, con el corazón latiéndole a toda velocidad. Aún no había amanecido y la habitación que compartía con su hermano pequeño seguía a oscuras.

Sin hacer ruido para no despertar a Oskar, que dormía abrazado a su oso de peluche, Georg se dirigió a la cocina para beber un vaso de agua.

Había pasado mala noche, nervioso por lo que le aguardaba. Por fin había llegado el gran día en el que, junto a su familia, visitaría la aldea de Daniella para pedir su mano. No podía dejar de preguntarse una y otra vez si el padre permitiría que su hija se casara con un humilde pescador.

Bebió un trago, tratando de calmarse, y se percató de que, fuera, los animales parecían estar también muy alterados. Los perros aullaban y ladraban, y desde el establo llegaban mugidos y balidos desesperados.

Echó un vistazo por la ventana, pero había luna menguante y no vio nada. Quizás había lobos cerca. Decidió comprobar que las puertas del corral estaban bien cerradas.

Con sigilo, salió de la casa. En el exterior todavía hacía mucho frío. Sin perder tiempo, rodeó la granja y se acercó al lugar donde los perros estaban atados. Georg se quedó atónito. Los dos animales aullaban enloquecidos y tiraban de las cadenas, volteándose en el aire con las sacudidas.

Y no eran los únicos. Otros perros de la aldea se habían sumado al concierto. Vacas, gallinas y ovejas parecían comportarse como si los llevaran al matadero. ¿Qué estaba ocurriendo?

Georg, asustado, miró a su alrededor. ¿Se habrían atrevido a bajar los lobos y estaban allí mismo, acechándolos? Su granja era la más apartada y la más elevada de la aldea que se extendía a sus pies, y por delante de ésta podía ver débilmente las siluetas de los pequeños pesqueros que faenaban amarrados en el puerto.

En medio del alboroto, echó de menos algo. Intrigado, miró al cielo. No se oía ninguna gaviota. Las aves anidaban cerca y el ruido de sus chillidos estaba tan presente en la vida de la aldea como el aire que respiraban. Sin embargo, ahora no parecía haber ninguna, como si todas hubieran huido.

Confundido y sin saber qué pensar, volvió a mirar hacia el puerto. Debía de haberse levantado oleaje, porque los barcos se balanceaban arriba y abajo.

Los animales redoblaron sus lamentos. Uno de los perros había logrado soltarse de la trailla y corría con el rabo entre las piernas lateralmente, abandonando a su compañero enloquecido, que mordía la cadena con un desagradable chasquido de dientes rotos.

De pronto, la tierra empezó a temblar con un estruendo grave que parecía aumentar en intensidad.

Muy asustado, corrió a despertar a sus padres, pero la sombra de uno de los pesqueros del puerto lo dejó clavado en el sitio. A pesar de estar una docena de metros por debajo del nivel de la granja, el barco parecía levantarse en el aire, sobrepasando enseguida la altura de la iglesia y después ascendiendo más arriba, hasta ocultar la escasa luna que había visto en el horizonte.

Sin poder dar crédito a sus ojos, Georg vio, espantado, cómo una inmensa montaña de agua se alzaba veinte metros por encima del puerto y engullía la aldea en medio de un ensordecedor bramido. La gigantesca ola, barriendo todo cuanto encontraba a su paso, avanzó hacia él.

Se lo tragó sin darle tiempo siquiera a comprender qué había sucedido.

Prólogo

Martes, 8 de febrero de 1944, Alemania

Los soldados de la Schutzstaffel permanecían en posición de firmes, inmóviles como estatuas a lo largo de los pasillos.

Embutidos en altas botas y uniformes grises, adornados con los rayos gemelos en el cuello de la guerrera, la llamativa banda roja con la esvástica en el brazo izquierdo y la calavera plateada en sus gorras, los soldados de las SS imponían temor entre los más de quinientos científicos y técnicos especializados reunidos en el laboratorio principal.

Con gestos inquietos, los doctores se atusaban una y otra vez los cabellos, se estiraban las puntas de las batas blancas impolutas, se mesaban las barbas —quienes las tenían—, e incluso se examinaban las uñas para ver si las tenían perfectamente limpias.

Un silencio ominoso se extendía entre ellos, y los escasos comentarios eran susurrados al compañero más próximo para preguntarle cuánto tardaría todo aquello o para advertirlo de algún detalle en su persona que pudiera resultar ofensivo al poderoso visitante.

La estancia de planta rectangular contenía toda clase de delicados instrumentos, llenos de luces, agujas, pantallas, gráficos y largas tiras de papel pautado que, de vez en cuando, emitían algún sonido electrónico.

Transductores, sonotrodos, osciloscopios, espectrómetros de masas, contadores Geiger y otra maquinaria de avanzada tecnología se acumulaban ordenadamente, rodeados de cables y tuberías, manómetros, alambiques, recipientes inmensos que contenían inquietantes productos, algunos de los cuales tenían letreros con la inscripción «Achtung» junto a una calavera pintada, para que nadie se acercara a ellos sin tomar las medidas necesarias.

En los huecos libres de las paredes, enormes pizarras llenas de complicadísimas ecuaciones, diagramas y fórmulas, incomprensibles para los profanos, se repartían el escaso espacio con grabados, bocetos y planos de extraños artefactos.

A pesar de estar trabajando contra reloj por orden personal del *führer*, la visita había detenido toda actividad. Las grandes máquinas, sin personal que las supervisara, descansaban a la espera de continuar su tarea, mientras que aquellos aparatos cuyo funcionamiento no podía ser interrumpido eran controlados por personal auxiliar.

La paralización en las labores había tenido un curioso efecto sobre el plantel de científicos que permanecía encerrado en los laboratorios desde hacía tres meses, y que no abandonaría las estancias hasta concluir con éxito el extraordinario proyecto en el que se habían embarcado.

Durante todo aquel tiempo, habían trabajado sin pausa, salvo los descansos imprescindibles para dormir y alimentarse; sin alcanzar a ver en ningún momento la luz del sol, aislados de sus familias, de la guerra y del mundo exterior, del que no recibían ninguna clase de noticia.

El ruido de las máquinas, que día y noche emitían zumbidos, golpeteos rítmicos y otros indicios de frenética actividad, había resultado molesto los primeros días, pero ya hacía tiempo que se habían acostumbrado a él y ahora su ausencia aumentaba el desasosiego.

Más de uno de aquellos brillantes hombres, algunos de los cuales se encontraban a la cabeza de la comunidad científica mundial en sus respectivos campos, se lamentaba para sus adentros, y no por primera vez, por haber aceptado aquel apocalíptico encargo.

Los rumores y las especulaciones no lograban sino alimentar el nerviosismo, y es que, a pesar del aislamiento al que estaban sometidos, algunas noticias lograban filtrarse a través de los espesos muros, y quien más quien menos sospechaba que la contienda no marchaba como sus dirigentes políticos aseguraban.

Según parecía, el temido enemigo ruso avanzaba implacable, y los soldados alemanes tenían graves problemas para defender el frente, mientras que americanos e ingleses bombardeaban diariamente las ciudades alemanas con un coste abrumador en vidas humanas.

Ya antes del verano, los alemanes habían sido expulsados de África y peleaban metro a metro en terreno de su aliado Mussolini.

Con Italia defendiéndose a duras penas, los japoneses inmersos en su propia guerra y los demás países del llamado Eje arrepintiéndose por haber mostrado su apoyo al *führer*, Hitler necesitaba un milagro que diera la vuelta a una situación día a día más adversa.

Tan sólo él y sus más allegados, como el *reichsführer* Heinrich Himmler, que estaba a punto de entrar en el laboratorio, parecían convencidos de una victoria final. El resto de Alemania se debatía entre la desesperación por la guerra que los estaba destruyendo y el miedo a las desastrosas consecuencias que traería una nueva derrota.

Si la victoria de los aliados en la Gran Guerra había supuesto unas condiciones de rendición humillantes y catastróficas para Alemania, motivo principal por el que Hitler había llegado al poder, una segunda derrota los hundiría definitivamente.

Entre aquellos científicos que aguardaban, tensos, aún había quien seguía confiando ciegamente en el *führer*, pero cada vez eran menos, aunque, claro está, lo mantuvieran oculto. Una palabra contra el régimen podía suponer un inmediato ajusticiamiento.

Al principio, la llamada al honor de aquel loco austriaco había movido montañas, llevando la ilusión al pueblo alemán, que se sacudía de encima las vejaciones sufridas durante los últimos años. Hitler les había prometido orgullo, empleo y un añorado bienestar. Una Alemania fuerte, avanzada, libre y poderosa era un sueño que muy pocos germanos podían rechazar. Las fulminantes victorias sobre polacos, checos y franceses les habían hecho creer que pronto el mundo entero se arrodillaría ante ellos.

Las mentes más lúcidas habían sido emplazadas por el amado *führer* para participar en la construcción de un nuevo orden que habría de durar al menos mil años. Ciertamente, no habían tenido muchas opciones para negarse, pero era tal la euforia que a nadie se le hubiese ocurrido.

Era el sueño de todo científico hecho realidad. Magníficas condiciones e instalaciones, todo el material que pudieran necesitar, los últimos y más sofisticados aparatos, disponibilidad absoluta para desarrollar incluso los proyectos más absurdos y, por supuesto, sueldos muy por encima de los conocidos hasta entonces.

Ahora el sueño se derrumbaba. Con la amenaza de la derrota, las restricciones de presupuesto y materiales para la investigación ha-

bían aumentado. Casi no quedaba nada de aquel entusiasmo exacerbado de los primeros tiempos. Y, por si fuera poco, habían caído bajo la tutela implacable de las SS, que, en un ambiente de práctica esclavitud, los obligaban a trabajar sin descanso para poder alcanzar un milagro.

Porque Hitler había prometido a su pueblo ese milagro.

Y ese milagro se encontraba en aquel laboratorio.

Y no todos tenían fe en la panacea.

★ ★ ★

—*Achtung!*

Los presentes reaccionaron como un solo hombre ante el grito autoritario del teniente. Al menos el comportamiento militar inculcado en todos los estamentos de la sociedad se mantenía incólume.

Las puertas dobles se abrieron y otros dos miembros de las SS las sostuvieron, cuadrándose nada más entrar, para permitir el paso de un séquito de impecables uniformes y botas altas.

Abría la formación un curioso trío. En primer lugar, el jefe del proyecto, Karl Ignatz Gruber, visiblemente inquieto por la presencia de tan ilustres visitantes. Vestía un traje gris, bien cerrado el cuello con una corbata sobria, sobre el que tenía puesta la bata blanca de trabajo. Lo acompañaba un gigantón de dos metros; la cara cruzada por una cicatriz lo hacía aún más aterrador, si cabe: el general de las SS Ernst Kaltenbrunner, sucesor del temido Reinhard Heydrich, asesinado el año anterior. Entre ellos, erguido como un poste, caminaba el segundo hombre más poderoso de Alemania, el *reichsführer*, el mariscal Heinrich Luitpold Himmler.

Era éste un hombre poco agraciado, con un rostro fofo adornado con unas gafas redondas que disimulaban unos ojos ligeramente rasgados, legado, al decir de sus numerosos enemigos, de una ascendencia no tan pura como la que exigía a sus hombres.

Sin embargo, el antaño asistente de agricultura era, en la actualidad, un fanático nazi tan odiado como temido entre el pueblo alemán, y los científicos del laboratorio, que se encontraban bajo su mando directo, compartían mayoritariamente estos sentimientos.

Al lado del enorme general, el jefe absoluto de las SS parecía un enano, aunque nadie dudaba acerca de quién de los dos era el que mandaba y el que tenía poder decisorio sobre la vida y la muerte de cuantos aguardaban expectantes.

El científico hablaba sin cesar, explicando al mariscal los últimos adelantos y la situación en la que se encontraba el proyecto. Himmler, que en cualquier otra circunstancia y lugar habría resultado ridículo por su forma pomposa de caminar y mirar cuanto le rodeaba, no perdía cuenta de lo que escuchaba en silencio.

—Y éste es el plantel doctoral al completo, *reichsführer* —dijo Gruber cuando llegaron al centro de la estancia.

Inconscientemente, los científicos reunidos habían estirado la espalda todo lo posible, como si de soldados se trataran, mirando al frente con rostros circunspectos.

—¿Qué hacen aquí? —preguntó el mariscal, deteniéndose ante ellos.

—Presentarle sus respetos, mi *reichsführer* —contestó su anfitrión, percatándose demasiado tarde de que aquella cortesía no iba a ser del agrado del lugarteniente de Hitler.

—Me parece, doctor, que no andamos sobrados de tiempo. Que se pongan a trabajar.

—Inmediatamente —repuso el otro, haciendo aspavientos a los reunidos para que se dispersaran.

Chocándose unos con otros en sus prisas por regresar a sus puestos, los científicos escaparon en todas direcciones.

—Dígame, doctor, ¿hay algo que le haga falta para finalizar su trabajo? ¿Necesitan más hombres o material?

—No, no, mi *reichsführer*. Tenemos todo cuanto necesitamos.

—¿Por qué no terminan entonces?

Preguntó sin cambiar de tono, como si se tratara de una conversación informal, pero al jefe del proyecto se le secó la boca. Miró con aprensión al gigantesco ayudante que escoltaba al mariscal, mientras éste examinaba un osciloscopio que emitía unas fluctuantes curvas superpuestas en la pantalla, como si la contestación no tuviera mayor importancia.

El aterrado científico, en cambio, sabía que su respuesta podía tener como consecuencia su traslado inmediato a algún campo de concentración de los que abundaban por toda Alemania, y de donde, a

pesar de la facilidad para entrar, resultaba completamente imposible volver a salir, al menos con vida.

—Pero no podemos avanzar más rápido —repuso atropelladamente, buscando inútilmente ayuda en el gigante—. Todos nosotros trabajamos día y noche. Estamos agotados.

—Quizá debiera relevarlos —contestó sin inmutarse el mariscal, asomándose al enorme mirador acristalado que cerraba el fondo del laboratorio.

Abajo, la actividad en el inmenso hangar era febril. Técnicos y personal auxiliar se afanaban como hormigas montando los distintos componentes del terrible ingenio en el que trabajaban. Las grúas se desplazaban de un lado a otro y los sopletes emitían una luz cegadora al soldar las planchas de metal.

—Pe... pero eso es imposible, mi *reichsführer* —se atrevió a protestar el científico—. Nuestros científicos son los mejores especialistas del mundo en su campo. No se pueden sustituir. Créame, hacemos cuanto podemos.

—El *führer* y yo nos preguntamos si eso es suficiente. Quizá pudiesen ser de más ayuda en el frente. Necesitamos resultados.

—Estamos muy cerca. Es cuestión de tiempo —imploró Gruber.

—Es algo de lo que carecemos. El *führer* ha prometido a su pueblo un arma definitiva para acabar con el enemigo.

—Y la tendrá, se lo aseguro. Pero necesitamos más tiempo.

—¿Cuánto? —se limitó a preguntar el mariscal, sin dejar de observar por el mirador.

—Dos meses —contestó angustiado Gruber, tratando en vano de adivinar los pensamientos de aquel lunático, cuyo rostro no reflejaba emoción alguna.

—¿Dos meses?

—Tres, como máximo.

El silencio fue aplastante. El jefe de proyecto era capaz de escuchar a la perfección los latidos de su propio corazón, mientras aguardaba la respuesta con la respiración contenida. Pero el mariscal continuaba mirando por el cristal, impertérrito.

—¿Puedo decirle al *führer* que dispondrá de su arma en perfecto funcionamiento para finales de abril?

—¡Sí! —gritó el científico, sin poder reprimirse. Si hubiese estado en mitad del océano ahogándose y un barco le hubiese tirado una cuerda, no hubiera sentido tanto alivio—. Dígale a nuestro amado *führer* que para entonces contará con su arma. No se arrepentirá. Le aseguro que nada podrá enfrentarse a ella. Nuestros enemigos tendrán que rendirse de inmediato.

—Le hago responsable, profesor —dijo Himmler, alejándose repentinamente de la cristalera y dirigiéndose hacia la salida del laboratorio—. No me defraude.

Los científicos, fingiendo concentración en sus tareas, seguían discretamente con la mirada a su director, que corría servilmente tras el temible mariscal, ofreciéndole todo tipo de garantías y suspirando de alivio cuando los soldados de las SS abandonaron las instalaciones.

Fuera, bajo la lluvia, Gruber continuó con sus promesas, mientras el *reichsführer* y su ayudante, el general, montaban en un pequeño Kuwewagen y se alejaban sin una sola palabra de despedida, arropados por su numerosa escolta motorizada.

Aliviado por perderlos de vista y preocupado a la vez porque no estaba seguro de poder cumplir su palabra, Gruber observó cómo la comitiva se adentraba en la noche y los ecos de los motores callaban. Inquieto, se frotaba las sudorosas manos en el faldón de la chaqueta, repitiéndose que debería haber pedido más margen de tiempo.

Estaba desesperado. No se engañaba. Lo habían nombrado jefe del proyecto por estar afiliado al partido nazi desde sus inicios. Ése había sido su mérito: darse cuenta de que el futuro del país en las siguientes décadas estaría en manos de aquel visionario al que llamaban *führer*.

Sin embargo, era limitado como científico. Entre sus colegas, Gruber era considerado un físico de segunda fila, aunque el carné del partido le permitiera codearse con el mismísimo Werner Heisenberg, uno de los mayores genios mundiales en física nuclear, al que incluso había robado recursos para su propio proyecto.

Ahora se encontraba entre la espada y la pared. En la carrera por el arma definitiva que solicitaba Hitler creía haber ido en cabeza, pero las dificultades extremas en solventar los problemas teóricos habían retrasado algo que él soñaba entregar personalmente al *führer*, convirtiéndose en un héroe nacional.

Estos problemas, por suerte, se habían resuelto finalmente gracias a un auténtico genio, aunque a Gruber se le revolvió el estómago sólo de pensar en ello. Que nunca fuera a saberse que un científico judío era en realidad el verdadero padre de aquella arma apocalíptica, no hacía que Gruber se sintiera mejor.

Últimamente no podía ni siquiera mirarlo a la cara, y había ordenado que el físico fuera confinado y aislado en su habitación hasta finalizar el trabajo. Nadie debía saber hasta qué punto Itzhak Steiner había sido quien resolviera las complejas ecuaciones que los tenían encallados.

Gruber era lo suficientemente listo como para reconocer que jamás podría llegar a la altura de Steiner, y lo suficientemente orgulloso para no aceptarlo. Fiel seguidor del ideario nazi, aunque no tanto de sus dirigentes, no alcanzaba a comprender por qué un asqueroso judío había sido bendecido con un intelecto que a él, un perfecto ejemplar ario, se le resistía.

Para más escarnio, había quedado en evidencia ante Himmler el verano anterior. Convencido de que el proyecto estaba en su fase final, y no queriendo arriesgarse a que alguien insinuara que en realidad era Steiner el padre del ingenio, se había deshecho de éste pidiendo que fuese trasladado. Poco había tardado en darse cuenta de que el proyecto no estaba tan adelantado como esperaba y, furiosamente avergonzado, se había visto obligado a solicitar al *reichsführer* el regreso del maldito judío.

Le hervía la sangre al pensar que estaba en manos de aquel excéntrico, desagradable y maniático bastardo, a quien tan sólo Heisenberg podía compararse. Pero, por fortuna, aquello habría de durar poco. Pronto trasladarían de nuevo a Steiner, y él, Karl Ignatz Gruber, podría atribuirse todo el éxito. Unas semanas más y aquel cerebro, injustamente privilegiado, terminaría por resolver las últimas ecuaciones.

Y después Gruber se encargaría personalmente de ello. Steiner subiría a uno de aquellos trenes de la muerte, donde almacenaban a los judíos como bestias para llevarlos a los campos de exterminio.

El científico sonrió. Aún quedaba mucho por hacer, pero pronto el mundo temblaría bajo el poder devastador de su criatura, y él, Karl Ignatz Gruber, pasaría a la historia.

Capítulo I

Lunes, 17 de enero de 1944, Londres, Inglaterra

El obús destrozó al muchacho con el que había estado hablando hacía un momento.

Se encontraban en la trinchera, en el valle del Ebro, disfrutando de un pequeño descanso en aquella batalla sangrienta como pocas habían visto antes. El muchacho, cuyo nombre era Andrés o Juan, no recordaba bien, se había incorporado a su grupo tan sólo una semana atrás.

Era un chico de Gerona; de unos quince años, aunque él aseguraba tener diecinueve, flaco, con la cara llena de granos, el pelo cortado con una desafilada navaja e imberbe, y con dos orejas como dos asas, no gozaba de los favores de las muchachas.

A pesar de ello, Andrés o Juan era un aplicado alumno en aquella escuela de barbarie. Se movía con rapidez de un puesto a otro llevando los mensajes de los comandantes, luciendo un bamboleante pistolón en el cinto que, o mucho se equivocaba el sargento Menchaca, o jamás volvería a escupir un solo tiro.

El muchacho se lo enseñaba a todo aquel que lo quisiera ver, muy ufano. Aseguraba que había pertenecido a su padre durante la Gran Guerra. Nadie lo creía, pero todos fingían admiración al examinar aquel hierro con el cañón bruñido de tanto ser sobado, pues el muchacho era servicial y siempre estaba dispuesto a hacer cualquier favor a sus compañeros.

También los jefes le tenían aprecio. Andrés o Juan nunca se quejaba cuando le tocaba una guardia doble. Era capaz de permanecer toda la noche despierto y al día siguiente ponerse en marcha llevando a la espalda el doble de su peso, todo sin perder por un momento la sonrisa ni dejar de cantar una tonadilla pegadiza de su tierra.

El sargento Menchaca descansaba al fondo de la trinchera. Se encontraban cerca de Mora de Ebro, tratando de frenar el avance de las tropas franquistas comandadas por García Valiño, para que el ejército republicano pudiera replegarse en la otra orilla del río Ebro. Si no se equivocaba, debían de estar a diez de noviembre de 1938, y el invierno se aproximaba.

Estaban detenidos desde hacía días. Sus viejas y defectuosas armas, facilitadas por Stalin, no servían para hacer frente a las más modernas de Franco, que los machacaba constantemente.

Aquella mañana se habían despertado, como siempre, al fragor de los morteros. Cubiertos de barro seco, pues llevaba varios días sin llover, habían tomado un sorbo de agua y un poco de pan lleno de gusanos antes de ocupar su puesto, tumbados en la trinchera.

Debían ahorrar munición, de la que no andaban sobrados. Sin embargo, los malditos soldados de Franco parecían no tener aquel problema, pues continuamente disparaban una lluvia de balas sobre sus cabezas, aunque poco hacían, aparte de asustar a los más miedosos.

Con los obuses obtenían mejor resultado, a pesar de su falta de precisión. Aunque solían quedarse cortos o pasar de largo, cuando acertaban con la distancia, sus efectos eran horrorosos. Por todos lados llovían trozos de carne y hueso, empapados en sangre. Contra los obuses, las trincheras no servían.

Hacia el mediodía, los franquistas habían detenido su continuo ataque, dándoles un pequeño respiro, el cual fue muy bien recibido. Con rapidez, habían repartido el escaso rancho del que disponían, día a día más exiguo, y cada uno comió en su puesto, sin apartarse de los vetustos fusiles.

Menchaca, cuyo rango le otorgaba la gracia de que alguien le acercara la comida, se frotaba las sienes cuando Andrés o Juan le trajó un plato de hojalata que contenía una masa informe e insípida. Como todos los días.

Solía agradecer que la comida no supiese a nada, pues no estaba seguro de querer conocer su procedencia, y, como hacía siempre cuando llegaba la hora, se dispuso a ingerir aquel amasijo, mientras el muchacho se ponía en cucullas delante y lo martirizaba con sus preguntas acerca del desarrollo de la guerra.

Él le respondía vagamente, pues no tenía más información que los demás. Desde hacía días, las comunicaciones habían sido cortadas y permanecían aislados, a la espera de que el coronel Juan Modesto pudiera mandarles refuerzos, rezando porque éstos no se demoraran en exceso.

Andrés o Juan, viendo que el sargento no sabía o no quería responderle, se incorporó y se alejó unos pasos para orinar, retomando la tonadilla que lo hacía inconfundible.

En ese momento, el mando franquista debía de haber considerado que la pausa para comer se alargaba demasiado y volvían a lanzar plomo sobre los agazapados republicanos.

El primer obús alcanzó de pleno a Andrés o Juan, cuyos restos salpicaron a quienes terminaban su frío almuerzo. El sargento Menchaca sintió cómo la sangre del muchacho le quemaba el rostro, mientras una mano cercenada caía en su escudilla...

★ ★ ★

Menchaca despertó sobresaltado, jadeante y empapado de sudor, con el corazón latiéndole desbocado. Le costó un buen rato saber dónde estaba, mientras se esforzaba en calmar su respiración.

No se encontraba en las trincheras; de eso hacía ya seis años. Ahora estaba en una confortable cama, al lado de su esposa británica, en su casita de Londres, cerca del King's College, donde impartía clases de física, con Joseph en el cuarto de al lado.

Con cuidado para no despertar a Elizabeth, se levantó y fue al baño. Hizo uso del retrete y se lavó las manos mirándose en el espejo. ¿Qué le estaba ocurriendo? ¿Por qué regresaban las pesadillas después de tanto tiempo?

El hombre que le devolvía la mirada parecía fatigado y muy pálido. Quizá fuese fruto de la mala iluminación. Pero, ¿también lo eran las bolsas moradas bajo los párpados?

Menchaca salió del cuarto de baño y, tras echar primero un vistazo a la habitación de su pequeño, que dormía ajeno a cuanto sucedía en el mundo, llegó a tuestas hasta el sofá de la salita. Sabía que aquella noche el sueño ya se había marchado y era inútil perder el tiempo dando vueltas en la cama, molestando a su esposa.

Aún le temblaban las manos, pegajosas por el frío sudor. Quizá debía aprovechar para corregir algunos exámenes que tenía atrasados. Tal vez de esa forma la pesadilla se esfumara y pudiera regresar a la cama.

Pero no le apetecía levantarse a buscar los ejercicios de sus alumnos. Su mente analítica se empeñaba una y otra vez en descubrir qué era lo que marchaba mal y le impedía conciliar el sueño desde hacía unas semanas. Inquieto, se tumbó en el sofá, y se tapó con una pequeña manta que solían usar cuando se acomodaban en la salita para escuchar la radio.

A sus cuarenta años, Pablo Menchaca era uno de los muchos asilados que vivían en la capital británica, y aquella no era la primera vez que había tenido que cambiar su Barcelona natal por la ciudad inglesa.

Nacido en el seno de una familia liberal catalana que le había inculcado una profunda conciencia social, desde niño se había sentido fascinado por Isaac Newton, por lo que, al terminar el colegio, había decidido estudiar la carrera de Física.

Debido a la situación económica familiar, Pablo, en contra de su deseo, no había podido estudiar en Alemania, capital de la incipiente y misteriosa física subatómica, un universo desconocido donde las partículas no se comportaban de acuerdo con las leyes de la física convencional, y tuvo que contentarse con hacerlo en Madrid.

A la licenciatura le habían seguido el doctorado, un par de novias y dos años de prácticas en un laboratorio de Barcelona, antes de tener que abandonar el país por su participación en las revueltas contra el dictador Primo de Rivera.

El fin de la dictadura lo sorprendió en Alemania, cumpliendo sus sueños de investigador. Pero allí las calles no eran seguras. Los matones de Hitler sembraban el terror. El antisemitismo crecía y en el mismo saco entraban todos los que no fuesen alemanes arios, lo que obligó a Menchaca a hacer las maletas de vuelta a Barcelona.

No duró mucho. Primero, por participar en la revuelta asturiana, y después por combatir al general Franco en la terrible guerra civil, Menchaca tuvo que exiliarse en dos ocasiones, siendo la segunda, a causa de la victoria del caudillo gallego, la definitiva.

Mucho más delgado, con una cicatriz en un hombro y una desarreglada barba, había cruzado por última vez la frontera. Hasta llegar a Biarritz, donde se embarcó rumbo a Inglaterra.

En los primeros meses de 1939, el doctor Pablo Menchaca era admitido como profesor en el londinense King's College. Se afeitó la barba, volvió a cobrar los kilos perdidos en las frías, húmedas y estremecedoras trincheras, y una capa de olvido cubrió los recuerdos más espeluznantes, como el de aquel muchacho, Juan, o quizás Andrés, que había sido hecho pedazos por un obús.

★ ★ ★

En Inglaterra, las cosas no estaban mucho mejor. Los alemanes, en sus planes de invadir Gran Bretaña, habían diseñado la Operación León Marino. Como paso previo para minar la moral de los británicos, destruir sus defensas y borrar de los cielos a la RAF, en una campaña de terror que dejaría miles de muertos, edificios arrasados y monstruosos incendios en todas las ciudades, sus aviones bombardearon las islas durante cincuenta y siete noches seguidas.

Sin embargo, la temida Luftwaffe no había tenido en cuenta que los cazas, con poca autonomía y tras el viaje a través del canal, no podían proteger a los bombarderos Heinkel y Dornier durante mucho tiempo sobre suelo inglés, y, cuando los abandonaban, éstos caían abatidos por los Spitfire y Hurricane, obligando a Hitler a olvidarse de la pretendida invasión.

Abortada la Operación León Marino, americanos y británicos se habían reunido en Casablanca, donde acordaron la creación de un segundo frente en Europa para añadirlo al del Ejército Rojo, que empujaba a los nazis desde el norte. Pero, para ello, eran necesarios miles de soldados y toneladas de material, que llegaban desde los Estados Unidos a las islas británicas en largos convoyes de barcos mercantes.

Durante aquellos eternos meses, la vida de los británicos había sido cualquier cosa menos normal. Oscuridad absoluta por las noches, cartillas de racionamiento, alarmas antiaéreas por la presencia de las bombas alemanas V-1, vuelos de escuadrillas de reconocimiento y tropas, muchas tropas...

Menchaca, sin poder olvidarse de la situación en España, había tratado de abstraerse de todo aquel jaleo profundizando en sus estudios y en sus clases.

Hasta ahora, cuando habían vuelto las pesadillas. Y algo en su cabeza le decía que el motivo tenía algo que ver con lo sucedido una semana atrás.

★ ★ ★

El claustro del King's College celebraba con diez días de retraso el cóctel con el que tradicionalmente despedían el año. El motivo de tal retraso fue debido a la dificultad de conseguir algunas botellas y provisiones con las que agasajar al cuadro académico de la facultad y a sus invitados.

—¿Y qué me dice, amigo mío, de nuestra flota? Hace diez días mandó al fondo del mar a un acorazado alemán de cuarenta mil toneladas. Uno de sus buques insignia, según me han asegurado.

El que hablaba con tanto orgullo de los navíos de guerra británicos, en el salón de actos de la universidad, rodeado de colegas, era un eminente profesor.

Menchaca se movía entre los grupos que se habían formado nada más soltar el decano su discurso de costumbre, deseando a todos un feliz año y un pronto y feliz final de aquella guerra. Era viernes, y estaba deseando llegar a su casa, donde lo estaría esperando su esposa, ya acostada, y el niño en su cuna.

—Dicen que los americanos han localizado la base donde los alemanes construyen las V-1 y que la han bombardeado hasta destruirla...

Dondequiera que se acercara, el tema era siempre el mismo: la guerra.

—Doctor Menchaca, acérquese, por favor.

Menchaca miró al grupo desde el que se reclamaba su presencia y se armó de paciencia. Aquellos hombres de ciencia, pacíficos poseedores de mentes preclaras, se comportaban como niños temerosos y habían adoptado la absurda costumbre de consultarle cualquier cuestión que tuviera relación con la confrontación bélica, dada su experiencia en la guerra civil española.

—¿Ha oído lo que sucedió en la Universidad de Oslo la semana pasada?

Menchaca negó con la cabeza. Los bulos y rumores eran contagiosos y peligrosos, como había podido comprobar en las trincheras.

—Los nazis entraron y se llevaron a mil quinientos alumnos y profesores.

Quien contaba el rumor era un profesor ya mayor, de la Facultad de Medicina, con una cerrada barba que no dejaba ver la boca, y unos ojos pequeños, habitualmente escondidos detrás de grandes bolsas, pero que ahora, por el temor, lucía muy abiertos.

—Los han deportado a Alemania —aseguró otro.

Los demás asentían gravemente, esperando que Menchaca diera su muy estimada opinión. A pesar de que éste solía poner en cuarentena cuantos chismes le llegaban, en aquella ocasión la noticia parecía ser cierta.

—Los nazis llevan años encerrando a profesores, músicos, poetas... —apuntó uno de los invitados del decano.

—¿Qué cree que harían con nosotros, si perdiéramos la guerra?

Menchaca no tenía ni idea, pero, aunque podía imaginarlo, prefirió conceder una noche más de descanso a aquellos hombres desconcertados que se fiaban inmerecidamente de él. Con toda la seguridad que pudo, les aseguró que no tenían nada de qué preocuparse. Gran Bretaña no sería invadida. Además, ahora los americanos se habían tomado el asunto en serio. Antes del cóctel de fin de año próximo, la guerra habría acabado, les prometió.

—¿De verdad lo cree? —preguntó el profesor de la poblada barba. Aunque aún tenía dudas, estaba claro que la opinión carente de base de Menchaca había calmado un tanto su inquietud—. Hay quien asegura que Roosevelt no se lo ha tomado tan en serio como usted afirma.

—Es cierto —intervino el invitado—. Ha nombrado a un desconocido para dirigir la invasión de Europa. ¿Quién es ese tal Eisenhower? ¿Por qué no ha mandado a un general con más experiencia? A Patton, por ejemplo.

—O al general Marshall —apuntó un recién llegado al círculo, sin soltar una copa semivacía que, por el aspecto de quien la sostenía, había sido rellena numerosas veces.

—¿Y por qué no Montgomery? ¿Por qué tiene que ser un americano? Inglaterra lleva mucho más tiempo en guerra contra Alemania. La invasión partirá de aquí, y conocemos al enemigo.

—Churchill ha estado de acuerdo en el nombramiento de Eisenhower —dijo Menchaca cuando por fin lo dejaron intervenir—. Ike ha dirigido la toma de Italia.

—¡Bah! —repuso el de la copa semivacia, derramando parte del líquido sobre la costosa y gastada alfombra—. ¡Tonterías! Aún no han llegado a Roma y todavía les queda un largo camino.

El resto de los congregados le lanzó miradas reprobadoras. No era elegante menospreciar la opinión de un colega, y menos si éste era un reputado experto en las artes bélicas como el doctor Menchaca.

—No se preocupen —repuso Menchaca tratando de calmar los ánimos, que se estaban acalorando—. La guerra no puede durar mucho más. Este año será la invasión de Europa. Americanos y británicos están avanzando en Italia y ya han echado de África a los nazis. Los rusos han hecho retroceder a las tropas alemanas y la resistencia crece en Francia, Noruega, Holanda, Bélgica... , en toda Europa. Están rodeados. Pronto no les quedará materia prima para fabricar armas, sus tropas están agotadas...

—Es verdad. Los soviéticos han conseguido recuperar el terreno perdido.

—¿Y creen ustedes que continuarán? —preguntó, escéptico, el de la copa, ajeno a las reconvenciones de sus colegas—. Stalin se ha quedado Polonia, que era lo que le interesaba, y ya no seguirá luchando. Volverán a pactar con Hitler.

—¡Eso sería un desastre! —exclamó el profesor de barba poblada—. Si los soviéticos llegan a un acuerdo con los alemanes, Hitler podrá retirar sus tropas del frente ruso y volver a tomar Italia.

—Y reforzar el Muro Atlántico, no lo olviden. Hoy mismo he leído en el periódico que estos días Rommel está supervisando las defensas alemanas en la costa norte. Las tropas de Eisenhower serían destruidas antes de pisar tierra.

—No se preocupen —volvió a decir Menchaca—. Stalin cumplirá con lo pactado en Teherán el mes de noviembre. Además, no perdonará la traición de Hitler ni los millones de muertos que le ha costado esta guerra.

—¿Está seguro? Como usted dice, han sufrido mucho y no les pueden quedar demasiadas ganas de continuar. Si llegan a un acuerdo, quizá Hitler se contentara con apropiarse el centro y el sur de Europa, mientras que ellos se anexionan Polonia, Finlandia y Turquía. El gobierno polaco los teme, y ya se están preguntando si los rusos han ido a liberarlos o a invadirlos.

El círculo donde participaba Menchaca, que antes de su llegada estaba compuesto por cinco miembros del profesorado, se había duplicado. Los rostros serios acompañaban la preocupante conversación.

—En el mensaje de Año Nuevo, Hitler ha avisado de que este año será duro para los alemanes, pero ha prometido la victoria antes de que finalice.

—¿Y qué esperaba? —dijo el que sostenía la copa, ahora ya vacía del todo—. No puede decir otra cosa. Nuestro querido primer ministro nos ha prometido justo lo contrario.

—Yo creo que conseguiremos derrotarlos —intervino por primera vez uno de los que componían el grupo original. Era un hombre alto y con la espalda encorvada; según sus alumnos, a causa del peso de las enormes gafas aupadas sobre el puente de la nariz—. Llevamos varios días bombardeando el paso de Calais prácticamente sin oposición. Hace dos días el bombardeo duró toda la jornada.

—Entonces, ¿será por Calais?

—¿Por dónde, si no? Son sólo cuarenta kilómetros los que nos separan del continente por ese punto.

—Aún no se sabe —intervino el de la barba poblada—. Los alemanes no son tontos. Tendrán el paso muy protegido.

—Por eso lo estamos bombardeando, ¿no cree?

De nuevo, el comentario poco respetuoso del individuo que sujetaba la copa fue acogido con miradas reprobadoras.

—Yo creo que la invasión no será este año, a pesar de las promesas de los políticos; hechas, sin duda, para elevar la moral del pueblo y para calmar a Stalin. Sería precipitado. Aún están llegando tropas y material americano, y será necesario mucho más.

—Pues yo estoy convencido de que antes de que termine el año habremos pisado Berlín. No puedo decir de quién se trata, pero una

fuente de toda confianza me ha asegurado que la invasión se llevará a cabo antes de las mareas de septiembre.

El resto del grupo frunció aún más el ceño ante esta nueva confianza, valorando su importancia. Menchaca no se molestó. Todos los días fuentes de toda confianza difundían los más disparatados chismes. Para su fortuna, en ese momento se acercó el decano a rescatarlo.

—Disculpen, caballeros —dijo con una sonrisa diplomática. El brillo en sus ojos delataba el efecto de los cócteles, algo que en aquellos tiempos de tristeza era comúnmente disculpado—. Si me hacen el favor, me gustaría robarles un momento al doctor Menchaca.

Tomándolo por el codo, lo condujo hasta una esquina donde una pareja charlaba con un individuo al que el traje, sin duda prestado, le quedaba bastante mal.

—El profesor Rundstedt es colega suyo. Le agradeceré que sea amable con él. Los últimos meses ha sufrido una verdadera odisea. Los nazis lo tenían encerrado trabajando en una fábrica cerca de la frontera con Suiza. Un bombardeo americano hizo saltar por los aires la instalación. El profesor logró sobrevivir y aprovechó el desconcierto para cruzar la frontera con ayuda de la resistencia. El gobierno de su majestad nos ha pedido que lo acojamos en nuestra universidad.

Los dos hombres que conversaban con el recién llegado saludaron al decano y se alejaron en busca del bufé.

—Profesor Rundstedt —dijo el decano—, permítame presentarle a un miembro preeminente de nuestro claustro, el doctor Pablo Menchaca.

—Es un honor —saludó el alemán con una inclinación de cabeza.

—Lo mismo digo —respondió educadamente Menchaca.

El individuo que le tendía la mano era vivaz, de pequeña estatura y nariz aguileña. Aparentaba andar sobre la cuarentena, pero con seguridad tendría unos cuantos años más. Los ojos inquietos detrás de unos anteojos redondos y sin montura se habían entornado al pronunciar el decano el nombre de Menchaca.

—¿Nos conocemos? —preguntó Rundstedt con fuerte acento—. Su rostro no me es familiar, pero juraría haber oído antes su nombre.

—El doctor Menchaca goza de una tremenda popularidad —ensalzó el decano, entusiasmado—. Y le aseguro que no es desconocido para ninguna de nuestras alumnas, ¿verdad, profesor?

Menchaca hizo un gesto para quitar importancia al poco delicado comentario, aunque era cierto que su pasado en las trincheras despertaba las fantasías de las jovencitas.

—Estudié de joven en su país —dijo Menchaca para salir del paso—. En la Universidad de Greifswald, del 30 al 34. Fueron buenos años.

—¡Vaya! Entonces conocería usted al profesor Gustav Lindt.

—Por supuesto. Creo que fue el primero que me hizo odiar la física.

Ambos hombres se rieron con la ocurrencia, y el decano, por educación, los secundó, a pesar de no haber entendido dónde estaba la gracia.

—Sí, le entiendo. Era un gran teórico, pero me temo que no tenía el don de la comunicación.

—Solíamos hacer apuestas —añadió Menchaca con una amplia sonrisa— sobre cuántas veces pronunciaría el término «caótico» a lo largo de la clase.

De nuevo ambos se rieron con ganas. Entre los dos hombres se había establecido una corriente que dejaba al margen al decano.

—El profesor Menchaca es un gran seguidor y conocedor de Sir Isaac Newton —dijo el decano, tratando de retomar el protagonismo perdido—. De hecho, alguna vez nos ha deleitado con una apasionante charla sobre ciertas ideas no demasiado convencionales de nuestro genio nacional.

—¿Newton? —repitió el recién llegado, volviendo a entornar los ojos, como si la mención del sabio le hubiese hecho recordar algo.

—Así es. Si tiene usted la mínima duda sobre él, no deje de consultarlo con nuestro especialista, ¿verdad, doctor?

Menchaca sonrió, dejando correr el tema. La primera vez que había ofrecido la charla sobre el físico y matemático británico, el decano no había puesto muy buena cara, al entender que trataba de plasmar la parte menos científica del sabio. Sin embargo, cuando se dio cuenta del interés despertado entre la comunidad científica por aquella conferencia, había tratado de acapararla.

—Ahora, caballeros, si me disculpan, voy a saludar a otros de nuestros distinguidos colegas.

Menchaca se quedó con el alemán, que no dejaba de mirarlo con atención.

—¿Conoce usted al doctor Itzhak Steiner? —preguntó Rundstedt repentinamente.

—Sí, claro —contestó, extrañado por el tono inquisitivo—. Precisamente lo conocí en la conferencia a la que se refería nuestro querido decano. Al terminar, tuvo la gentileza de concederme una breve e interesante conversación. Durante un tiempo seguí su trayectoria, pero hace ya unos años que no he vuelto a saber nada de él.

—Él parece acordarse de usted perfectamente.

—¿De verdad? —preguntó el español, sorprendido por el comentario.

—Así es. Creo que fue el pasado octubre cuando coincidí con él en Berlín. Allí escuché su nombre, doctor Menchaca.

—¿En Berlín? —inquirió Menchaca, frunciendo el ceño—. ¿Está usted seguro?

—Desde luego. Por entonces me tenían, junto a otros especialistas, trabajando en un laboratorio de nuestra hermosa capital, pero al parecer los bombardeos aliados obligaron a Hitler a dispersar sus fábricas. Nos llevaron a un colegio al sur de Berlín, donde nos tuvieron unas cuantas horas, mientras hacían los trámites para trasladarnos a nuestros nuevos destinos. Fue en aquella sala, mientras aguardábamos, bastante nerviosos, como podrá entender, cuando me percaté de la presencia del doctor Steiner.

—Disculpe, profesor. Creo que estamos hablando de personas distintas —dijo Menchaca—. Yo me refería al físico Itzhak Steiner...

—También yo.

—No puede ser. El doctor Steiner abandonó Alemania en 1935, y desde entonces está en los Estados Unidos. En Michigan, si no me equivoco. Allí imparte clases en la universidad.

—Así lo tenía entendido yo también. Comprenderá entonces mi sorpresa al verlo allí.

—¿Me está diciendo de verdad que el doctor Steiner está en Alemania? —preguntó Menchaca, sin poder dar crédito a lo que estaba escuchando.

—Al menos estaba allí en octubre del año pasado.

—¿Cómo puede ser? Steiner escapó de los nazis, convencido de que lo detendrían. ¿Por qué habría de volver?

—Lo desconozco. Steiner siempre ha sido un personaje poco convencional. Un excéntrico, individualista y anárquico en su manera de trabajar, según dicen. Nadie sabe qué pasa por su cabeza. Vive para la física, y está claro que Alemania lleva ventaja al resto del mundo en este campo. Quizá no era consciente del peligro que corría al volver.

—Qué extraño. ¿Y dice que le escuchó pronunciar mi nombre?

—Así es, profesor —respondió Rundstedt—. Verá. Nos encontrábamos todos en aquella sala, rodeados de soldados. Al menos éramos una veintena de matemáticos, ingenieros, físicos... Todos hombres de ciencia. Nos conocíamos entre nosotros, aunque sólo fuese por nuestros trabajos, ¿entiende? Todos teníamos ascendencia judía y en estos días en Alemania nadie puede saber qué es de sus amigos ni colegas. A nosotros se nos encerraba en nuestros lugares de trabajo y apenas teníamos contacto con el exterior.

Menchaca no había podido dejar de darse cuenta de que por aquel individuo corría sangre judía, y sabía que los científicos judíos, al menos los que no eran imprescindibles, habían sido apartados de los laboratorios en la Alemania nazi y, en muchas ocasiones, de la calle.

—El caso es que, como le decía, nos saludábamos efusivamente en aquella sala, alegrándonos de ver a los viejos colegas vivos, que no es poco. Por supuesto, todos estábamos muy nerviosos. Nadie sabía qué nos deparaba aquella espera ni qué rumbo nos tenían designado nuestros carceleros. Debe de saber que en las calles de Berlín, entre murmullos, claro, se habla de trenes de ganado llenos de personas que salen de las estaciones y no llegan a ningún destino.

—He oído esos rumores.

—No se engañe. Son más que eso. Como le decía, aprovechamos aquella inesperada reunión para compartir chismes, preguntar por la suerte de otros colegas, interesarnos por las familias y, por supuesto, tratar de ponernos al día sobre la situación de la guerra.

—Aquí tenemos esperanza de que el final no se demore demasiado.

—Lo sé, lo sé. Aunque su confianza no es la misma que teníamos allí. El rumor sobre una invasión aliada para la primavera estaba en la calle. De hecho, el propio Hitler lo ha confesado recientemente. Precisamente de esto discutíamos en un reducido círculo, en voz baja, por supuesto, para que nuestros carceleros no pudieran escucharnos, cuando, comentando las posibilidades de éxito de tal desembarco, una voz pesimista aseguró: «Fracasarán. El desembarco no tiene ninguna posibilidad».

—¿Steiner?

—Desde luego —respondió Rundstedt—. Como puede imaginar, en tales situaciones los agoreros no son bien recibidos, así que lo observamos con mirada reprobadora. Nunca había tenido la ocasión de conocer a Steiner en persona, pero lo reconocí a pesar de su aire descuidado. Había perdido pelo y peso, llevaba el rostro mal afeitado y lucía unas profundas ojeras. La ropa parecía ser varias tallas más grande que la suya, aunque éste es un mal que ataca a casi toda la sociedad alemana.

»“¿Por qué dice usted eso?”, preguntó uno de mis acompañantes bastante molesto.

»“Porque es cierto. Los aliados no llegarán a pisar el continente”, respondió Steiner.

—Qué extraño —dijo Menchaca—. ¿Y explicó por qué lo creía así?

—No. No parecía estar con la cabeza allí, si entiende lo que quiero decir. Steiner había escuchado nuestra conversación e intervino con aquella demoledora respuesta, pero después aparentó recluirse en su interior. No quiso responder a cuantas preguntas le fueron formuladas; se limitó a mirar el techo distraídamente. Finalmente dejamos de intentarlo y volvimos a charlar entre nosotros. Y entonces mencionó su nombre.

Menchaca no salía de su asombro. ¿Qué tenía él que ver en aquella extraña escena?

—Recuerdo perfectamente sus palabras por lo mucho que nos extrañaron: «Como decía el doctor Menchaca, Newton tenía razón» —citó Rundstedt.

—¿Eso es todo?

—Sí. No pudimos sonsacarle nada más. En ese momento, entró un oficial de las SS gritando como un loco. Todos nos quedamos he-

lados, sin atrevernos a mover un solo pelo y con la mirada fija en el suelo. El oficial abroncaba a un subordinado y se dirigían hacia nuestro grupo. Yo ya me temía lo peor, como puede imaginar, pero el oficial se limitó a empujarme y señaló con el dedo a Steiner, que seguía sentado, ausente. El subalterno hizo un gesto y dos soldados lo prendieron por los brazos y se lo llevaron, mientras el oficial seguía gritando a su ayudante. Por lo que pude entender, Steiner debería haber permanecido aislado, y ese desliz podía terminar, de saberse, con el responsable en el frente. Seguro que era una exageración para asustar al soldado, pero tuvo un gran efecto. Puede creerme.

—«Newton tenía razón» —repitió el español, absolutamente perplejo.

—Eso es lo que dijo —afirmó Rundstedt—. Espero que no se ofenda, profesor, pero ninguno de los que allí nos encontrábamos habíamos oído hablar nunca de usted, por lo que aquellas palabras nos dejaron intrigados. Jamás supe a qué se podía referir. Y ahora que le tengo a usted ante mí, no puedo dejar pasar la ocasión de preguntarle por su sentido.

—Pues lamento defraudarle —contestó atónito Menchaca—. Pero no tengo ni la menor idea.

—¡Vaya! Pues sí que es una lástima —dijo Rundstedt, deseoso de olvidar los traumáticos tiempos pasados, antes de añadir—: Quizá más adelante dé usted con la solución del acertijo. Entretanto, tal vez pudiera hablarme un poco de mis nuevos colegas. La verdad es que tengo muchas ganas de ponerme a trabajar. Me temo que últimamente no he tenido demasiadas oportunidades.

★ ★ ★

Finalmente, el cóctel había terminado y Menchaca, con las dificultades propias del obligatorio apagón y la pertinaz lluvia, había regresado a su casa, animado por la interesante velada.

Tras ponerse el pijama, pasó por la habitación del pequeño y lo arropó. Cansado, se metió con cuidado en la cama para no despertar a Elizabeth y la abrazó. Cuando dormía con ella entre los brazos, los recuerdos se mantenían alejados. No más sobresaltos nocturnos ni des-

pertares empapado en sudor, con la boca pastosa y la desagradable sensación de no saber dónde se encontraba.

Aquella noche, sin embargo, habían regresado las pesadillas.

Una tras otra, las noches se vieron invadidas por los espectros del pasado. Los recuerdos exagerados de lo sucedido en las trincheras y de los muchos compañeros muertos en ellas de las maneras más horribles hacían que se incorporase súbitamente en la cama, jadeante y embargado por el pánico.

Los primeros días no había dado demasiada importancia a este tormento nocturno. Pero cuando, después de varias noches, las pesadillas perduraron, empezó a preocuparse.

★ ★ ★

Dos semanas después de aquella reunión de profesores, con bolsas en los ojos por no descansar, se encontró en la facultad al profesor judío que le presentara el decano. Ambos tenían prisa y apenas pudieron detenerse un momento para intercambiar un par de frases antes de continuar con sus respectivas ocupaciones.

Tras la jornada, en casa, mientras lavaba los platos que le tendía Elizabeth, entre comentarios sobre cómo les había ido el día, Menchaca se acordó de Rundstedt, con el que se había cruzado, y se lo comentó a su mujer, contándole las circunstancias en las que lo había conocido.

—¿A qué se refería con eso de que Newton tenía razón? —preguntó curiosa Elizabeth, enjuagando una copa.

—No lo sé —había contestado, distraído fregando de forma mecánica un plato sopero ya immaculado.

—Vaya, es halagador que un genio se acuerde de ti, ¿no?

—Supongo.

El plato ya estaba comenzando a desgastarse.

—¿Te preocupa algo?

—No estoy seguro. ¿Por qué haría Steiner ese comentario?

—No lo sé. Recordaría tu conferencia. ¿Crees que pudiera ser algo importante?

—¿Como qué? Apenas hablé con él unos minutos.

—¿Y por qué habría de acordarse de ti al cabo de tantos años? Algo dirías que le llamó la atención.

A oscuras en la habitación y con la cabeza de su dormida esposa sobre el hombro, Menchaca repasaba mentalmente la conferencia sobre Newton que había dado en el aula magna de la universidad y su posterior encuentro con el científico alemán. Cuantas más vueltas le daba, más nervioso se ponía, hasta que terminó por levantarse.

Una alarmante idea tomaba forma en su mente.

★ ★ ★

A primera hora de la mañana, se presentó en el despacho del decano. Éste no había llegado aún y durante la espera no dejó de pasear de un lado a otro por el pasillo. Tenía una horrible corazonada.

—Buenos días, doctor. Fresca la mañana, ¿no es cierto?

—Debo hablar con usted.

—Claro, claro —contestó el decano, frunciendo el ceño ante el rostro de Menchaca—. Espero que no sea nada grave. ¿Se encuentran bien su esposa y su hijo?

—Perfectamente, gracias. No es eso de lo que quería hablarle.

Una hora después, Menchaca abandonó angustiado el despacho del decano. Éste lo había escuchado en silencio, con el ceño cada vez más fruncido. El decano era un hombre amable y diplomático, pero no demasiado brillante, y estaba calculando las consecuencias de hacer lo que se le pedía. Un paso en falso a esas alturas de su carrera lo podía dejar en ridículo, algo que su ego no toleraría.

El decano le había prometido reflexionar sobre todo lo que Menchaca le había contado y hacer algunas averiguaciones. El español comprendió que la entrevista había sido una pérdida de tiempo. Si quería que alguien le prestara atención, debía llamar a otras puertas.

Había confiado en convencer al decano sobre el peligro que entrañaba su corazonada, pero, según la traducía en palabras, se iba dando cuenta de la inconsistencia de la misma. Desde luego, carecía de la menor rigurosidad, y un hombre como el decano no se iba a mover por tan poco.

El mando militar contaba con asesores científicos escogidos entre los más renombrados de distintos campos, y Menchaca conocía la amistad que unía a alguno de ellos con el decano. Pero si éste no se posicionaba de su parte, no tendría acceso a él.

Toda la mañana estuvo distraído dándole vueltas al problema. ¿Con quién podría hablar que diese crédito a sus sospechas y tuviese ascendencia sobre el mando militar?

Para la hora del té, un nombre se había abierto paso en su mente.